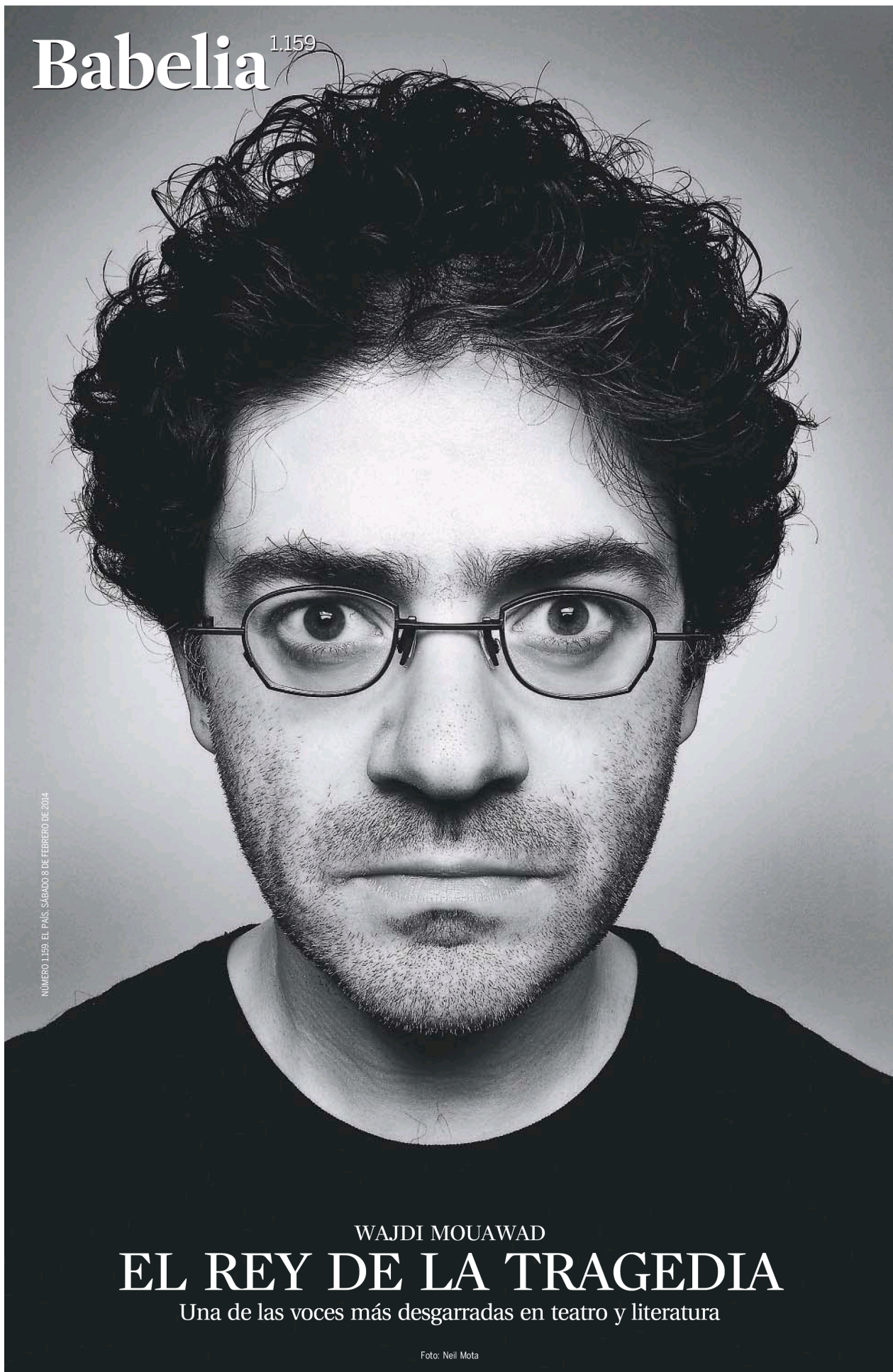


Babelia<sup>1.159</sup>



NÚMERO 1.159 EL PAÍS SÁBADO 8 DE FEBRERO DE 2014

WAJDI MOUAWAD

# EL REY DE LA TRAGEDIA

Una de las voces más desgarradas en teatro y literatura

Foto: Neil Mota

press reader Printed and distributed by PressReader  
PressReader.com v. 1.694.278.4634  
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

EN PORTADA / Entrevista

# Bestia humana

“Me educaron para odiar a los demás. A los musulmanes, chiitas, sunitas, drusos, palestinos, judíos...”, afirma Wajdi Mouawad. El escritor libanés vuelca en su novela *Ánima* la maestría para la tragedia que le llevó a triunfar en el teatro y en el cine con *Incendios*. Por **Álex Vicente**

**L**AS TRAGEDIAS GRIEGAS solían empezar al romper el alba. Como al principio de una de ellas, Wajdi Mouawad nos ha dado cita a primera hora de la mañana, tras un dramático amanecer en el que nubes amenazadoras han dejado paso a un cielo pálido pero descubierto. El dramaturgo y director teatral aguarda en un pequeño café del centro de Toulouse, junto al mercado de Carnes, alrededor del que circula una población entre burguesa y bohemia que despierta al mismo ritmo que la ciudad. Mouawad sostiene un ensayo sobre los fenicios con su mano derecha. En ella, se aprecia la silueta de un gran escarabajo tatuado, en el que se logra distinguir el rostro de Gregor Samsa tras una noche de sueño intranquilo. La vida ha llevado al autor a instalarse en la ciudad francesa, donde conoció a su compañera y hoy vive con sus hijos, lejos de la intelectualidad parisiense que parece aborrecer. “En París todavía existe una corte que te trata sin piedad. Yo me he formado en teatros provinciales donde he podido crecer libre. Nunca viviría en la capital”, aclara. Mouawad no parecía destinado a pasar sus días necesariamente aquí. El autor nació hace 46 años en una comunidad cristiana maronita del Líbano, se exilió en Francia y desembarcó en Quebec, antes de regresar a Europa convertido en dramaturgo de éxito.

No se puede entender quién es él sin contemplar ese traumático destierro, que en su obra ha cobrado dimensiones casi mitológicas. “Este es el laboratorio en el que me ha metido la vida, el del exilio, la guerra, las lenguas que no son tuyas. El exilio ha sido un lugar de un sufrimiento atroz, pero también paradójico. Me rompió en dos y, a la vez, me salvó la vida”, relata con temblor en la mirada. “Gracias a él, escapé a los círculos viciosos en los que fui criado. Fui un niño muy amado, pero me educaron para odiar a los demás. Para abominar de musulmanes, chiitas, sunitas, drusos, palestinos, judíos, israelíes. De todos por igual”. En 1977, cuando tenía nueve años, el líder izquierdista druso Kamal Youmblatt fue asesinado. Hoy recuerda haber salido a la calle para bailar sobre un cadáver todavía caliente. “No fue hasta los veintitantos años cuando tomé conciencia de lo que aquella celebración significaba. Me pareció una profunda injusticia, de la que encima yo era el verdugo. La voluntad de escribir surge de ese sentimiento”, reconoce.

Su obra conforma un compendio de odiseas necesariamente dolorosas, protagonizadas por jóvenes marcados por la tragedia pese a no haberla vivido plenamente. En un momento determinado, todos se dan cuenta de que necesitan pasar cuen-

## El mutismo de las aves carroñeras

Por **José Luis de Juan**

“IGUAL QUE LOS ANIMALES que mueren dejan oír su cólera, él dejaba oír una parcela ínfima de los gritos sepultados en su interior”. Esta frase, inserta en la última parte de *Ánima*, contiene bastante del espíritu con el que Wajdi Mouawad se fue encontrando al escribir la novela. Una novela que es, entre otras cosas y quizá en primer lugar, teatral, aunque no en el sentido de aquella que escribió con ese título el satírico Bulgákov. Animales que son testigos y narradores de los hechos sin sentido de los hombres, sean sublimos, tiernos o brutales, y esos gritos amortiguados del niño que fue sepultado vivo con caballos agonizantes en una letrina del Líbano en guerra: he aquí el impulso teatral, de corte clásico, griego por más señas, que inflama esta muy trabajada narración, cincelada frase a frase en francés y a veces en inglés por un escritor y dramaturgo que ya dejó oír su aullido apátrida en *Litoral*, *Cielos* y sobre todo *Incendios*. Del teatro tiene el prurito de la acción concentrada, de esos testigos que entran y salen y viajan de un escenario a otro y dejan oír sus voces en *off*, igual que apuntadores que arman otra cosa distinta del teatro, es decir, las palabras que el lector hará suyas y le descubrirán un mundo torturado que habita una naturaleza inocente.

Primero será un gato el que nos describa la escena de sangre de la mujer encinta destripada y violada, y cómo es descubierta por su marido Wajdi (casi todos los personajes principales de las obras dramáticas de Mouawad empiezan con W). Luego hablarán ratones, murciélagos, serpientes, peces de acuario, mariposas, mofetas, perros, cornejas, moscas, y otros seres vivos,

incluso el lector mismo, llamado “Lector lectoransis domesticus”, pues todos los narradores del libro tienen su nombre científico. Al inicio este reparto zoológico produce la sensación de un recurso impostado y arbitrario que el autor desarrolla para despistar del género en el que se mueve, quizá a su pesar, la novela negra americana. Pero pronto, debido a la densidad de la escritura y su intrínseca ligereza, esas voces animales cobran un sentido profundo gracias a su cuidada caracterización. La mariposa tiene un estilo sincopado, de frases breves, etéreas; los perros demuestran su ingenuidad y confianza, su exactitud perruna; el canario es nervioso, describe ráfagas de movimiento; el mono se explica en frases largas, reflexivas; la serpiente despliega sinuosos circunloquios. En fin, es el alma del mundo, de la naturaleza toda, la que narra esta historia.

Wajdi, nacido en Líbano y transplantado a Canadá, como su creador Mouawad, es un personaje camusiano, un extranjero, un hombre desarraigado. Su reacción al salvaje asesinato de Léonie, es extraña. Quiere encontrar al asesino de su mujer no para vengarse, sino para verle la cara. Sabe que es un indio mohawk y que la policía lo protege por confidente. Wajdi se dedica a perseguirlo a lo largo de la franja fronteriza entre Canadá y Estados Unidos, desplegando así un espejo escénico en el camino de su búsqueda, que en el fondo es la obsesión por encontrarse a sí mismo y a la vez confirmar que él no es el asesino, pues se siente culpable, como buen personaje camusiano. En algunos ambientes, la novela recuerda a *Canadá*, de Richard Ford, aunque el alcance y el destino de ambos libros sean bien diferentes. Hay algo más personal y atávico en *Ánima*, quizá por la fuerte implicación moral

del escritor libanés. Ford es más distante, Mouawad parece que escribe *à bout de souffle*.

Dividida en tres partes (Bestia verae, Bestiae Fabulosae, Canis Lupus Lupus) y una breve coda de Homo Sapiens Sapiens, en la que la voz narradora es la del médico coronar encargado de la investigación de los crímenes atribuidos a Rooney, el indio que mató a Léonie y a Janice, intentando también liquidar al protagonista, el relato adopta la forma de *road novel*. Así mantiene la tensión de la búsqueda del asesino, aderezada con la huida de los caballos, los alucinantes festejos de la guerra de Secesión, combates de perros, viajes en tren y la compañía final de una muchacha, Winona. Cuando ya ha visto el rostro de Rooney, Wajdi se enfrenta a la verdadera prueba que le ha estado aguardando toda su vida. Saber el modo gracias al cual él, un niño de cuatro años, consiguió salir con vida de las matanzas perpetradas por las milicias cristianas libanesas en Sabra y Chatila en 1982. Esta revelación impregna de insuperable violencia el desenlace de esta novela que se abre con un acto brutal que proviene de la tragedia griega. La sutil trama narrativa que teje Mouawad mediante una prosa suelta y a la poética, converge en esas “líneas porosas que separan a los humanos de los animales”, en el misterioso “mutismo de las bestias” con el que acaba la obra en un lugar de Arizona. Animas, infestado de aves carroñeras. Y una vez cerrado este libro fascinante y cruel, el lector se enfrenta al abismo oscuro que deja en su imaginación. •

*Ánima*. Wajdi Mouawad. Traducción de Pablo Martín Sánchez (al castellano) / Anna Casassas Figueras (al catalán). Destino / Edicions del Periscopi. Barcelona, 2014. 448 páginas. 19 euros.

tas con un pasado que apunta en dirección a Oriente Próximo. “La infancia es un cuchillo plantado en la garganta”, escribió en *Incendios* (2003), su obra más conocida, un monumental texto a medio camino entre el cine de detectives y los ecos mitológicos, llevado a la gran pantalla por el cineasta quebequés Denis Villeneuve, quien comparó experimentar la obra con

“sobrevivir a un accidente de carretera”.

En el texto, Jeanne y Simon recibían un encargo póstumo de su madre, fallecida tras cinco años confinada en un inexplicable silencio: entregar una carta a un padre que creían muerto y otra más a un hermano cuya existencia desconocían. Tras viajar a Líbano, lograban esclarecer el secreto familiar que rellenaba los huecos de su

terrible historia. En *Litoral* (1999), Wilfrid llevaba a cuestas el cadáver de un padre al que apenas conoció, buscando un lugar donde enterrarlo en su país natal, sin rumbo y con escaso sentido de la orientación. Loup, la iracunda adolescente que protagonizaba *Bosques* (2006) superaba el trauma del abandono siguiendo el rastro de siete mujeres de su familia, quienes atrave-



saron un siglo de guerras y masacres para "reunir las piezas de un puzle diseminado" en diferentes puntos del eje espacio-temporal. Cada vez que Mouawad intenta recolectar esas piezas para encontrar una manera de hacerlas encajar, se erige un nuevo proyecto teatral.

Mouawad es hijo de un representante comercial del plástico y de un ama de casa, acogidos en Francia durante la guerra de Líbano. Con 10 años recién cumplidos, el pequeño Wajdi pasó de distinguir el ruido de los explosivos que caían sobre Beirut a aprender que Charles Martel detuvo a los árabes en Poitiers, como le dijo un profesor del suroeste parisiense en su primer día en la escuela. El primer poema que memorizó fue, de manera profética, la composición de Du Bellay que empieza: "Feliz quien, como Ulises, ha hecho un largo viaje". Asegura que, en Francia, se convirtió en "un ejemplo de integración feliz". Fue un excelente alumno, capitán del equipo de rugby e hijo modelo para una familia que sentía alivio por haber dejado de oír el ruido de las bombas. "Y sin embargo, vivíamos un auténtico desgarró, aunque nadie se atreviera a decirlo en voz alta", describe. "Hoy todos los miembros de mi familia siguen lamentándose: 'No sabéis por lo que pasé'. A mí también me sucede". Tras seis años en París, las autoridades francesas decidieron no renovar sus permisos de residencia: "Nos dijeron que llevábamos demasiado tiempo allí y que era hora de marcharse". Su madre se mostró entusiasmada porque las calles canadienses estaban limpias. Meses más tarde, moría de cáncer.

Al joven Mouawad, Quebec le pareció un sitio inmerso "en una paz monstruosa". Y también un lugar donde nadie sabía escribir su nombre —que significa *existencia* y es traducible como "mi vida", como puntualiza—. Él y sus hermanos fueron los únicos en la familia con nombres árabes. "De pequeño odiaba a mis padres por haberme hecho algo así. Mis primos se llamaban Pascal, Claude o Antoine. Los nombres franceses me parecían más bonitos. Yo también quería tener uno así", afirma. Fue en Montreal, a principios de los noventa, cuando empezó a devorar los clásicos: la Biblia, la *Iliada* y la *Odisea*. Y, por encima de todo, a su admirado Sófocles, que le impulsó a ver la vida con un nuevo cristal.

"Descubrir la tragedia fue algo revelador. Me fascinó el carácter falible de los héroes griegos o el problema de la desmesura. Sófocles no deja de repetir que no hay que ser presuntuoso, porque nadie está a salvo de cometer lo inimaginable", admite. De repente, se preguntó qué habría sido de él si se hubiera quedado en Líbano. ¿Habría terminado en las mismas milicias cristianas que masacraron Sabra y Chatila? "Para los griegos, la inmortalidad no consistía en la descendencia, sino en hacer algo extraordinario por el bien de la *polis*, para que tu memoria fuera recordada para siempre. Me dije que yo también quería vivir así", se entusiasma. Sostiene que lo último que querría ser es un idiota: "Para los griegos, el idiota era el que no se preocupaba de los asuntos públicos y solo pensaba en sí mismo. Igual que esa gente que hoy dice que no le interesa la política y lo único que hacen es encerrarse en sus casas".

Las tragedias de Mouawad no son exac-

Wajdi Mouawad ha escrito, dirigido e interpretado el monólogo *Seuls*, en el que explora lo que podría haber sido su vida a partir de su *alter ego*.



**"El exilio ha sido un lugar de un sufrimiento atroz, pero también paradójico. Me rompió en dos y, a la vez, me salvó la vida"**

**"De pequeño odiaba a mis padres por ponerme un nombre árabe. Quería llamarme Pascal o Claude, como mis primos"**

tamente como las de Sófocles. Por supuesto, sus obras inducen a una inevitable catarsis final, esa que impulsa al público a derramar las lágrimas y ponerse en pie. Pero no entienden de oráculos a los que consultar ni de *deus ex machina* que resuelvan la papeleta ante los ojos de sus desconcertados héroes. "No creo en la predestinación y mi relación con los dioses

no está fundamentada en la autoridad. Si existe un Dios, diría que él cree más en mí que yo en él", sonríe.

De niño, su hermano mayor le convenció de que los animales eran capaces de hablar. Como en las fábulas de Perrault y las películas de Disney, pero algo más de solidez metafísica, eso es exactamente lo que sucede en su nuevo libro. Criaturas domésticas y salvajes narran el asesinato de una mujer embarazada, acuchillada y luego violada por un indio estadounidense, además de la posterior persecución del protagonista, que buscará venganza y acabará encontrando la brutalidad que reside en sí mismo, legada —como es costumbre en su producción— por sus antepasados. *Ánima* es un *thriller* mitológico que ha escrito durante los últimos diez años, mientras montaba y desmontaba proyectos teatrales. La narrativa es un género que no suele preferir a la dramaturgia. "Cuando escribo literatura noto un silencio en mi cabeza. En el teatro, en cambio, escucho un bullicio permanente. Me di cuenta de que necesitaba trabajar en esta novela para preservar mi equilibrio mental. Era como un jardín secreto en la parte trasera de mi cabeza, en el que me podía retirar cuando me apeteciera. La mantuve en secreto durante ocho años, sin saber muy bien qué haría con ella", confiesa.

En 2007, durante un viaje a Barcelona, Mouawad compró un mapa de la frontera

entre Estados Unidos y Canadá, territorio donde transcurre el relato. Por casualidad, descubrió que en los Estados fronterizos existían ciudades con nombres como Lebanon o Jerusalem. "Observé mi vida reflejada en un territorio nuevo. Entendí que la novela me estaba empujando hacia allí", apunta. Por si fuera poco, leyó que el lugar había sido escenario de una sangrienta batalla durante la guerra de Secesión: Illinois era unionista, pero Missouri defendía el esclavismo. Las fallas geológicas unieron entonces a dos geografías distintas, en las que los animales hablan y los humanos matan. La diferencia entre unos y otros, como bien describió Kafka, es tirando a relativa.

La publicación del libro coincide con la representación de su espectáculo *Seuls* en el Teatre Lliure de Barcelona. Un monólogo en el que explora lo que podría haber sido su vida a partir de un *alter ego*, Herwan, libanés exiliado en Quebec, que prepara una tesis sobre esa figura tutelar llamada Robert Lepage. De nuevo, el libro y la obra le permiten remover las aguas turbias de sus orígenes, reconciliarse con una redención casi imposible e indagar en la naturaleza del mal más absoluto. "No tengo claro que hable del mal, como lo hacen Shakespeare o Sarah Kane", corrige con cortesía. "Si echáramos un cubo de ácido sobre lo que escribo, solo quedaría una cosa. Lo que me interesa es la traición del amor. Nos obstinamos en creer que siempre seremos capaces de amar, aunque sepamos perfectamente que, tarde o temprano, tendremos que aceptar que no es verdad. Mi obra habla del momento en que nos damos cuenta de que ese sentimiento sobre el que nos hemos construido no es verdadero", argumenta. "Y entonces nos preguntamos qué vamos a hacer a partir de ese momento".

Dice que su padre ha ido a ver una de sus obras una sola vez. A la salida le dijo que haría mejor en dedicarse a la comedia. "La gente no quiere pensar en la muerte", le aconsejó. "La gente necesita reír". La falta de reconocimiento paterno no le molesta. "Hubiera preferido que me reconociera mi hermano, que también escribía y me influyó mucho", admite. Mouawad recuerda un curso que impartió el año pasado en Santander ante directores y dramaturgos jóvenes. "Les pedí que me contaran sus proyectos. Uno hablaba de un padre que no puede ser enterrado porque la tierra del cementerio se ha vuelto radioactiva. El otro de gemelos que se devoraban en el vientre materno. Ninguno se había dado cuenta de que hablaban de la Guerra Civil. Cuando se lo hice notar, no daban crédito". Su obra retrata una cultura y una generación que se considera a salvo de la guerra, pese a vivirla en sus entrañas todos los días de su vida. "Hay algo amenazante en un silencio demasiado grande", dejó escrito Sófocles. No hizo falta preguntarle si lo suscribe. ●

**Seuls.** El monólogo escrito, dirigido e interpretado por Wajdi Mouawad se representará en el Teatre Lliure, en Barcelona, del 27 de febrero al 2 de marzo.

**Cielos** es la última obra teatral de Mouawad publicada por KRK con la que se cierra la tetralogía *La sangre de las promesas*, cuyos tres primeros títulos *Litoral*, *Incendios* y *Bosques* han sido publicados en la misma editorial.